



Después que así hablaron, lanzaron grandes gritos y lamentos en toda la asamblea, y por espacio de muchas horas clamaron á una voz á Dios diciendo: «Hemos pecado con nuestros padres obrando injustamente y cometiendo iniquidades. Mas vos, Señor, tened compasión, porque sois bueno; ó bien, vengad nuestros crímenes castigándonos y no abandonéis nunca á los que os bendicen en manos de un pueblo que no os conoce, para que no se diga nunca entre las naciones: ¿dónde está su Dios?»

Cansados al fin de exclamar y llorar, levantóse Osías, deshecho en lágrimas, y les dijo: «Tened valor, hermanos míos, y esperemos cinco días más la misericordia del Señor. Quizás se aplaque su cólera y haga resaltar su nombre. Si en estos cinco días Él no nos socorre, haremos lo que me habeis propuesto (1).»

Estas palabras fueron referidas á una viuda de la tribu de Simeon llamada Judith. Habiendo sabido lo que sucedía, mandó al intendente de su casa con órdenes para los ancianos del pueblo, Ozías, Cabrí y Carmí para que se presentaran en su casa. Llegaron, y Judith les dijo: «¿Cómo Ozías ha consentido entregar la ciudad á los asirios, si no os venían socorros en cinco días? ¿Quién sois, pues, para tentar así al Señor? No es este el medio de alcanzar su misericordia, sino de excitar su cólera y aumentar su furor.

Has prescrito á Dios el término de su compasión; le has fijado como árbitro tuyo. Ya que el Señor es paciente, hagamos penitencia de esta falta é imploramos su misericordia con abundantes lágrimas, pues que no se amenaza á Dios como á un hombre. Por lo cual, debemos humillarnos á su presencia, reconociendo que somos sus esclavos, que puede salvarnos ó perdernos á su voluntad; permanezcamos en este espíritu de humildad y roguemos al Señor con lágrimas que nos haga experimentar los efectos de su misericordia de la manera que más le plazca, para que así como el orgullo de nuestros enemigos nos ha llenado de consternación, nuestra humildad sea para nosotros también un motivo de gloria. No hay hoy en-

(1) Judith, 7.

tre nosotros tribu alguna, ni tampoco familia ni ciudad, que adore á dioses hechos por la mano del hombre, como sucedió en los días precedentes, pues que por esta razón fueron entregados á toda clase de excesos y experimentaron grandes derrotas por parte de sus enemigos. Por lo que á nosotros toca, no reconocemos otro Dios que á Él, por lo que tenemos fundados motivos para esperar que Él no nos despreciará ni á ninguno de nuestra generación. Si nosotros nos dejamos sorprender por el enemigo, toda la Judea caerá con nosotros, nuestro santuario será saqueado y Dios nos pedirá estrecha cuenta de esta profanación, y por lo que nosotros hemos dicho. La muerte de nuestros hermanos, el cautiverio de nuestro país, la devastación de nuestra herencia caerán sobre nuestras cabezas en medio de las naciones donde estemos esclavos, y seremos objeto de insulto delante de nuestros enemigos. Ahora, pues, hagamos ver á nuestros hermanos que de nosotros depende su vida, que sobre nosotros descansa el santuario, el templo y el altar. Después de todo, demos gracias al Señor nuestro Dios, porque nos pruebe como probó á nuestros padres. Recordemos cómo Abraham fué tentado y probado con tantas tribulaciones y cómo fué amigo de Dios; cómo Isaac, Jacob, Moisés y todos los que agradaron á Dios pasaron también por muchas aflicciones, y sin embargo permanecieron fieles. Aquellos que, por el contrario, no experimentaron estas pruebas por parte del Señor y que dieron muestras de su impaciencia irritando al Señor con sus murmuraciones, fueron castigados terriblemente. Por lo que nosotros no debemos dar pruebas de esta impaciencia en los males que experimentamos, antes bien, considerando que estos mismos castigos son todavía mucho menores que nuestros pecados, debemos creer que estos azotes con que Dios nos castiga como á siervos suyos, se nos envían para corrección y enmienda nuestra y no para ruina.»

Ozías la respondió: «Todo lo que acabais de decir es efecto de vuestro buen corazón, y nadie hay que pueda contestar á vuestras palabras. Pero el pueblo sufría extremadamente por la sed, y nos pusieron en la necesidad de hacer lo



que ya conocéis y de obligarnos por un juramento que no quebrantaremos. Ahora, pues, rogad por nosotros, porque sois una mujer piadosa, y el Señor enviará la lluvia para llenar nuestras cisternas y no perezamos de sed.» Judith les dijo: «Escuchadme; yo haré una cosa que pasará de generación en generación á toda la posteridad de nuestro pueblo. Os colocareis esta noche en la puerta; yo saldré con la hija que me sirve y el Señor visitará por mi poder á Israel en el intervalo de estos días, después de los cuales habeis resuelto entregar la ciudad á nuestros enemigos. Vosotros no trateis de saber lo que yo quiero hacer, porque no lo diré hasta que lo haya ejecutado.» Ozías y los demás príncipes la dijeron: «Véte en paz y que el Señor vaya delante de tí para vengarse de nuestros enemigos (1).»

Después que ellos hubieron partido, Judith entró en su oratorio, se vistió un cilicio, echóse ceniza en la cabeza y prosternándose ante el Señor, exclamó diciendo: «Señor, Dios de mi padre Simeon, á quien disteis la espada para vengarse de los extranjeros, que arrebatados por una pasión impura habían violado una virgen, la cubrieron de vergüenza ultrajándola de este modo; que habeis expuesto á sus mujeres á servir de presa; que habeis hecho cautivos á sus hijos y que habeis repartido todos sus despojos entre vuestros siervos, abrasados de celo por vos, asistidme; dad á mi corazón la constancia y la fuerza necesaria; acordaos de vuestra alianza, Señor, y fortificad la resolución de mi corazón, para que todas las naciones conozcan que no hay otro Dios más que vos (2).»

Habiendo hecho esta súplica al Señor, salió de su casa con su sierva, que llevaba varios presentes. Cuando llegó á la puerta de la ciudad, encontró á Ozías y á los senadores que la aguardaban, los cuales, sin hacerla ninguna pregunta, hicieron votos á Dios porque la diera su gracia. Entre tanto Judith, descendiendo del monte al rayar del alba, se encontró con las avanzadas de los asirios, y como la preguntasen adónde iba, respondió, que era

(1) Judith, 8.

(2) Ibid., 9.

hija de los hebreos y huía de ellos, porque habían despreciado á los asirios, y que se dirigía á Holofernes para indicarle el medio de hacerse dueño del país sin perder un solo hombre. Eligieron cien hombres de entre ellos para que la acompañasen á la tienda de Holofernes. Una vez llegados á ella, después de haber excitado la admiración universal en el campamento asirio, y anunciada á Holofernes, este salió á recibirla y Judith se prosternó para adorarlo. El asirio la preguntó entonces los motivos que había tenido para dirigirse á él. Judith respondió ensalzando su poder y su sabiduría, celebrada en toda la tierra. «Nuestra raza, dijo, no puede ser castigada sino cuando ha pecado contra su Dios; pero está tan irritado contra su pueblo por los pecados que ha cometido, que ha anunciado por medio de sus profetas que los entregará á sus enemigos á causa de sus ofensas.

Los hijos de Israel saben esto y están llenos de terror á vista de vuestro ejército. Han resuelto matar sus bestias para beber su sangre y han empleado en uso propio las cosas consagradas al Señor. Es, por tanto, indudable que á causa de esto perecerán. Para anunciaros esta nueva, me he dirigido á vos. Rogaré al Señor para que me diga cuándo deben pagar por sus pecados y vendré á deciroslo. Entonces os conduciré á Jerusalem, y todo el pueblo os recibirá como ovejas sin pastor.»

Holofernes y los suyos oyeron con admiración el lenguaje de Judith, y la respondió: «Porque has venido á nosotros y si vuestro Dios hace todo esto por mí, será también mi Dios (1).»

Después mandó que la entrasen en el lugar donde estaban sus tesoros y se la sirvieran los manjares de su mesa. Judith no quiso tomar nada, diciendo que sería un obstáculo para su intento. Obtuvo el permiso de entrar y salir cuando quisiera de la tienda, que él la había asignado durante tres días para adorar á su Dios.

Todas las noches salía al valle de Betulia, y regresando de él oraba al Señor Dios de Israel que la ayudase en el intento que había me-

(1) Judith, 11.



ditado para librar á su pueblo. Despues, entrando en su tienda, permaneci6 alejada de los profanos.

En el cuarto dia Holofernes di6 un festin á sus oficiales, é invit6 tambien á Judith, que acudi6 con su sierva. Llegada la noche, los servidores de Holofernes se retiraron á sus tiendas, todos en estado de embriaguez. Holofernes estaba tendido en su lecho; Judith sola, cerca de él, mand6 á su sierva se pusiera á la puerta de centinela. Judith, en pié delante del lecho, rog6 al Señor Dios de Israel que la auxiliase en aquel momento en lo que ella habia creido que podria hacer por su asistencia, y que al mismo tiempo podria librar á la ciudad de Jerusalem. Habiendo hablado así, se aproxim6 á la columna que estaba á la cabecera de Holofernes, tom6 el sable que de ella pendia y de dos golpes cort6 la cabeza del asirio. Despues de esto sali6 de la cámara y di6 la cabeza de Holofernes á su sierva que la meti6 en el saco de las provisiones. Salieron las dos, segun su costumbre, pasaron el campamento, atravesaron el valle y llegaron á la puerta de la ciudad. Judith grit6 á los centinelas que abrieran las puertas. Cuando estos conocieron su voz llamaron á los señadores de la ciudad. Todos acudieron para verla, y ella, subiendo á un lugar elevado, les dijo en alta voz: «Alabad al Señor, porque no ha retirado su misericordia de la casa de Israel, sino que esta misma noche por mi mano ha dado muerte al enemigo de su pueblo.» Al decir estas palabras sac6 del saco la cabeza de Holofernes, y mostrándola á toda la asamblea, exclam6: «Hé aquí la cabeza de Holofernes, general del ejército de Asur, herido por nuestro Dios por la mano de una mujer, sin que su sierva fuera deshonrada.» Y todos á la vez bendijeron á Dios y á Judith.

Judith, sin perder un momento, di6 al pueblo las instrucciones necesarias para llevar á cabo la derrota de los asirios. Colocaron la cabeza de Holofernes en lo alto de las murallas, y al salir el sol, cuando los centinelas asirios vieron á los hombres de Betulia avanzar sobre ellos, corrieron á la tienda de Holofernes. Los que estaban en las tiendas se dirigieron á la de Holofernes, pero ninguno se atrevia á in-

terrumpir el sueño del general de los asirios.

Pero los jefes y oficiales mandaron que se abriese la tienda y encontraron el cadáver de Holofernes tendido en tierra. Fueron despues á la tienda de Judith, y no habiéndola encontrado, exclamaron: «Una sola mujer de los hebreos ha puesto en confusion á la casa de Nabucodonosor.» A estas palabras, los jefes del ejército asirio se llenan de terror; cada uno, fuera de sí, no pens6 más que en ponerse en salvo, sin órden ni disciplina, y huyeron por diversos caminos.

Los hijos de Israel, viéndoles huir de esta suerte, les persiguen y descienden de la montaña, tocando trompetas y dando grandes gritos. Como marchaban en buen órden, mientras que los asirios huian á la desbandada, destruaban todo cuanto se oponia á su paso. Ozías mand6 anunciar esta nueva á todas las ciudades y provincias de Israel; por todas partes la flor de la juventud tom6 las armas, persigui6 al enemigo hasta la frontera, pasando todo á cuchillo y haciendo un inmenso botin. El soberano pontífice Joacin fué de Jerusalem á Betulia con todo su senado para ver á Judith. Sali6 á su encuentro y todos la bendijeron á una voz.

Apenas bastaron treinta dias para reunir los despojos de los asirios. El pueblo di6 á Judith todo cuanto se pudo reconocer que pertenecia á Holofernes. Todas las mujeres de Israel y todo el pueblo celebraron á Judith con danzas é himnos. Judith, por su parte, enton6 un cántico triunfal en honor de Jehová, y todo el pueblo le repetia en coro. Estas fiestas, empezadas en Betulia, continuaron en Jerusalem durante tres meses. Todo el pueblo acudi6 allí, ador6 á Dios y le ofreci6 holocaustos. Judith consagr6 al Señor todos los muebles de Holofernes, permaneci6 viuda, muri6 á los ciento cinco años de edad y fué llorada por todo el pueblo durante siete dias (1).

En memoria de esta maravillosa libertad, se instituy6 una fiesta que todavia se celebraba cuando se escribi6 la historia de Judith. Siempre la tradicion cristiana ha considerado la his-

(1) Judith, 16.



toria de Judith como verdadera y como formando parte de los libros sagrados. Los judios, aunque no la colocan en el catálogo de las Escrituras canónicas, la consideraban, sin embargo, en tiempo de San Jerónimo como una Escritura santa. Se ve que la heroína del libro era una piadosa matrona, impulsada por el espíritu de Dios y llena de su fuerza. Pero los medios que emple6 para ejecutar su gran designio, ¿le eran todos igualmente inspirados? ¿Les habia escogido ella misma? Y entre estos últimos, ¿eran todos irreprochables? Algunas de sus palabras no encierran más que una mentira oficiosa? ¿La guerra excusa esto de pecado? Los doctores y los intérpretes están divididos sobre estas cuestiones, como igualmente sobre la época en que tuvo lugar esta historia; pero los más doctos están de acuerdo en colocarla, como lo hemos hecho, despues de la cautividad bajo Manassés.

Hemos dicho que mientras vivi6 Judith, y aun muchos años despues de su muerte, no hubo nadie que turbase á Israel. El poder más formidable de entonces, el imperio de Nínive, tocaba á su fin. Jonás le habia predicho su ruina; la penitencia hizo suspenderla. Tobías renov6 esta misma prediccion; los ninivitas no se aprovecharon de ella como de la de Jonás. El profeta Sofonias la repetirá á su vez. Pero sobre todo, se levanta el profeta de la destruccion de Nínive entre las diez tribus conducidas cautivas por Salmanasar. Nahum, de la tribu de Simeon, no habla de otra cosa. Sus predicciones llevan á la cabeza: profecia contra Nínive. Anuncia quizá tambien á Nínive, del mismo modo que Jonás, que Jehová es paciente, grande en poder, lento en castigar, pero que al fin castiga.

Dos hombres ejecutaron el decreto del cielo contra Nínive; Ciajares, rey de los medos, y Nabopolasar, rey de Babilonia. El texto griego del libro de Tobías llama al segundo Nabucodonosor y al primero Asuero (1). Axare ó Axuero es el mismo nombre; pero en el primer ejemplo está precedido de la palabra *Ky* ó señor. El

(1) Tobías, 14, 15.

j6ven Tobías supo antes de morir la destruccion de Nínive.

Ciajares, hijo de Fraortes, habiendo sucedido á su padre poco despues de su muerte, supo aprovecharse de la derrota de los asirios delante de Betulia. Se restableci6 con su reino de los medos, despues recobr6 el imperio de toda el alta Asia. Lo que este principe deseaba con todo su corazon, era ir á atacar á Nínive, para vengar la muerte de su padre por la destruccion de esta gran ciudad; pero parece que ocupado en restablecerse durante los últimos años de Saosduquim, el Nabucodonosor de Judith, no march6 contra Nínive sino al principio del reinado de Quiniladan, sucesor de este Nabucodonosor; Ciajares reuni6 entonces tropas de toda el Asia más arriba del rio Halis, y se puso en marcha con un poderoso ejército. Los asirios fueron á su encuentro y experimentaron una gran derrota. Ciajares les llev6 en retirada hasta Nínive, y form6 el sitio de esta ciudad; pero una irrupcion de escitas en la Media le oblig6 á abandonar su empresa. Su ejército fué derrotado por estos bárbaros, que se extendieron por toda el alta Asia y permanecieron dueños de ella veinte años. Ciajares, que se veia desposeido de su imperio por esta intrépida nacion, resolvi6 con sus súbditos librarse de ellos de esta manera: los medos invitaron á un gran número de escitas á un festin que se celebraba en todas las familias; cada cual embriag6 á sus huéspedes, y despues les mataron. Los escitas que no se habian encontrado en estos festines, cuando supieron la muerte de sus compañeros, huyeron á la Lidia, cerca del rey Alyates. Librado Ciajares de estos peligrosos enemigos, renov6 su intento del sitio de Nínive.

El rey que reinaba entonces en esta ciudad es llamado Serac en algunos autores, Sardanápalo en otros. Parece haber sido el sucesor de Quiniladan. Era este un principe afeminado, y se hacia despreciable por su molicie. Ya, despues de algunos años, el generalísimo de sus tropas, Nabopolasar, habiendo sido enviado á Babilonia para reducir á los insurrectos, se puso á la cabeza de ellos y tom6 el título de rey. Para mejor afirmarse, el nuevo soberano



de Babilonia hizo alianza con Ciajares; pidió y obtuvo la hija del príncipe medo para su hijo, el famoso Nabucodonosor el Grande. Unidos de esta suerte el medo y el babilónico, sitiaron á Ninive los dos. Sarac ó Sardanápalo, perdiendo toda esperanza de defenderse, se quemó con su palacio. La gran ciudad fué tomada y aruinada en fin completamente. Con ella acabó el imperio de Asur para llegar á ser el de los Caldeos ó de Babilonia (1).

Nínive estaba situada sobre el Tigris, que la atravesaba sin duda por muchos canales. De aquí estas palabras del profeta: «Las puertas de los ríos son abiertas para inundar la ciudad y hacer de ella un estanque.» Los autores griegos refieren en efecto que la toma de Ninive fué determinada por una inundación del Tigris, que estaba muy crecido por abundantes lluvias. Esta inundación hizo caer gran parte de las murallas: así este mismo profeta las comparaba á higos maduros (2).

De tal manera desapareció esta ciudad famosa, que hoy no se encuentra ni aun el lugar donde estuvo. Únicamente se cree reconocer algunos vestigios sobre la orilla izquierda del Tigris, frente á frente de la ciudad actual de Mosul, que está sobre la orilla derecha, y que algunas veces se llama la nueva Ninive, porque se dice fué construida con las ruinas de la antigua.

Después del año 1842, la antigua Ninive, reducida al estado de esqueleto, y de esqueleto mutilado, parece querer salir de su tumba. Un sábio de Francia en Mosul, un sábio de Inglaterra en Bagdad, habiendo mandado cavar en el llano donde en otro tiempo estuvo la soberbia capital de la Asiria, la ciudad de Salmanasar, de Senaquerib, de Sardanápalo, exhumaron inmensos restos de palacios, con estatuas, pinturas é inscripciones; estatuas y cuadros cuya perfección ha podido servir de modelo á los griegos; pinturas que representan los triunfos y los banquetes de los reyes; triunfos y combates en donde el vencedor está acompañado de su ejército, con máquinas de guerra que se creían inventadas por los griegos ó por los romanos; pero en donde no se distingue ni

(1) Abud., *Apud. Fused. Chron.*, l. 1, c. 9.
(2) Diodoro, l. 2.

carro ni jinete, mientras que se ven entre los enemigos: la Escritura dice, en efecto, que los pueblos de Asur no conocían el uso de los carros ni de los caballos. Entre los enemigos y los prisioneros se reconocen evidentemente negros, y también probablemente medos, persas y judíos, en particular un príncipe vencido, quizá Oseas, último rey de Israel. Algunos prisioneros están sujetos con cadenas unidas á un anillo atravesado en el labio inferior. Senaquerib, amenazando con su cólera al rey de Judá, le dijo: «Te pondré un anillo en la nariz y una mordaza en la boca.» Entre otras cosas se ve la toma y el saqueo de Ecbatana por Nabucodonosor I, por otro nombre Saosduquim, cuyo general Holofernes fué después decapitado por Judit. Las pinturas y esculturas de los banquetes recuerdan el interminable festín de ciento ochenta días que dió Asuero á los grandes de su imperio en el palacio de Susa. Véase allí guerreros en traje de gala, con los cabellos y la barba cuidadosamente rizados y perfumados, sentados delante de mesas llenas de manjares, unos enfrente de otros, levantando sus vasos y bebiendo á la salud del vencedor. Las mesas cubiertas de manteles, los asientos, los vasos, son de bellissimo trabajo, y exceden en mucho á la industria moderna. Y en estos cuadros no se encuentra una sola figura de mujer, como no sea entre los cautivos que conducen los soldados. Las inscripciones que acompañan á estas esculturas y á estas pinturas están en forma de clavos ó de ángulos, y llamados por esta razón cuneiformes. Se espera poder descifrarlas un día y leer estos cánticos de victoria que han venido á ser inscripciones fúnebres (1).

Estos palacios fósiles de la antigua capital del Oriente son trasportados á Londres y á París, las dos capitales del Occidente moderno. Diríase que Dios prepara su gran juicio sobre las naciones, y que para esto reúne en un mismo lugar los cadáveres de aquellas mismas que murieron hace ya veinte siglos. En París, al lado de la columna del egipcio Sesostris, los restos de Ninive sirven para poblar el palacio de Luis XIV.

(1) *Anales de Filosofía Cristiana*, 3.^a série, t. 12, p. 122-147; t. 14, p. 240-242; t. 16, p. 145-149.

CAPÍTULO VI

Josias.—Principio de Jeremías.—Cautividad de Babilonia.—Nabucodonosor ve en la estatua de su visión la historia del mundo.—Daniel le da su explicación.—Ezequiel en la Mesopotamia.—Ruina de Jerusalem.

Amon, hijo de Manassés, tenía veintidos años cuando subió al trono. Imitó á su padre en todas sus impiedades, pero no en su penitencia. Después de dos años de reinado, fué muerto por los conspiradores, y estos por el pueblo, que estableció por rey á su hijo Josías, de edad de diez y siete años (1).

La corrupción y la idolatría, introducidas por Amon, parece que fueron las mismas durante la minoría del joven rey. Rodeado de una corte depravada, se podía esperar no solamente que dejaría obrar el mal, sino también que estimularía á él con su ejemplo. Por la misericordia del Altísimo sucedió todo lo contrario. Desde el octavo año de su reinado, décimosexto de su edad, Josías comenzó á buscar al Dios de David, su padre, y cuatro años después purificó á Judá y á Jerusalem de los bosques profanos, de los ídolos de escultura y de fundición. Hizo destruir á su presencia los altares de los Baalines, romper los simulacros que habían colocado sobre ellos. Destroza las obras de Astaroth y hace pedazos sus ídolos, arrojándolos sobre las tumbas de aquellos que les habían inmolado víctimas. Aún más, hizo quemar sobre los altares de los ídolos los huesos de sus sacerdotes, purificando de esta suerte á Judá y á Jerusalem. Lo mismo hizo en las ciudades de Manassés, de Efraim y de Simeon hasta Nefalí (2).

Para secundar el celo del rey, Dios suscitó al profeta Jeremías, hijo de Helcias, uno de los sacerdotes que vivían en Anathot, tierra de Benjamin, y este profeta exclamaba por los

(1) 4, Reg., 21, 18-24.
(2) 4, *Ibid.*, 22, 1-2.

años 617 á la edad de 15 años: «El Señor ha dicho: «Quiero hacer venir á las familias de los reinos del Aquilon, que colocarán sus tropas delante de las puertas de Jerusalem y de todas las ciudades de Judá (1).»

Otro profeta, Sofonías, por el mismo tiempo predicaba los juicios de Dios y la penitencia, reprobando á los príncipes sus idolatrías (2).

Para hacer comprender á las naciones que su único refugio es el de volverse á Dios, el profeta las anuncia que el mismo golpe herirá á las naciones limítrofes. «Gaza será destruida; Ascalon será un desierto; Azot será arruinada; Acaron derruida hasta en sus fundamentos; Canaan, país de los filisteos, quedará sin habitantes. Los restos de la casa de Judá formarán un lugar á propósito para pastos. Moab llegará á ser como otra Sodoma, los hijos de Ammon como Gomorra; su territorio no será más que una eterna soledad, el resto de mi pueblo lo saqueará, y los que de entre los míos sobrevivieren á su ruina, se harán sus dueños. El Eterno aniquilará todos los dioses de la tierra, á Él adorarán todas las islas de las naciones (3).»

Además de las palabras de estos dos profetas, un encuentro singular vino á aumentar el celo de Josías. El décimooctavo año de su reinado, después de haber girado una visita por su reino para destruir los monumentos de la idolatría, vuelto á Jerusalem, envió tres de sus ministros al gran sacerdote Helcias para concertar con él la reparación del templo. Como el grande sacerdote estaba ocupándose entonces

(1) 4, Reg., cap. XXII.
(2) Sofonías, l. 1, 18.
(3) *Ibid.*, 2, 1, 13.